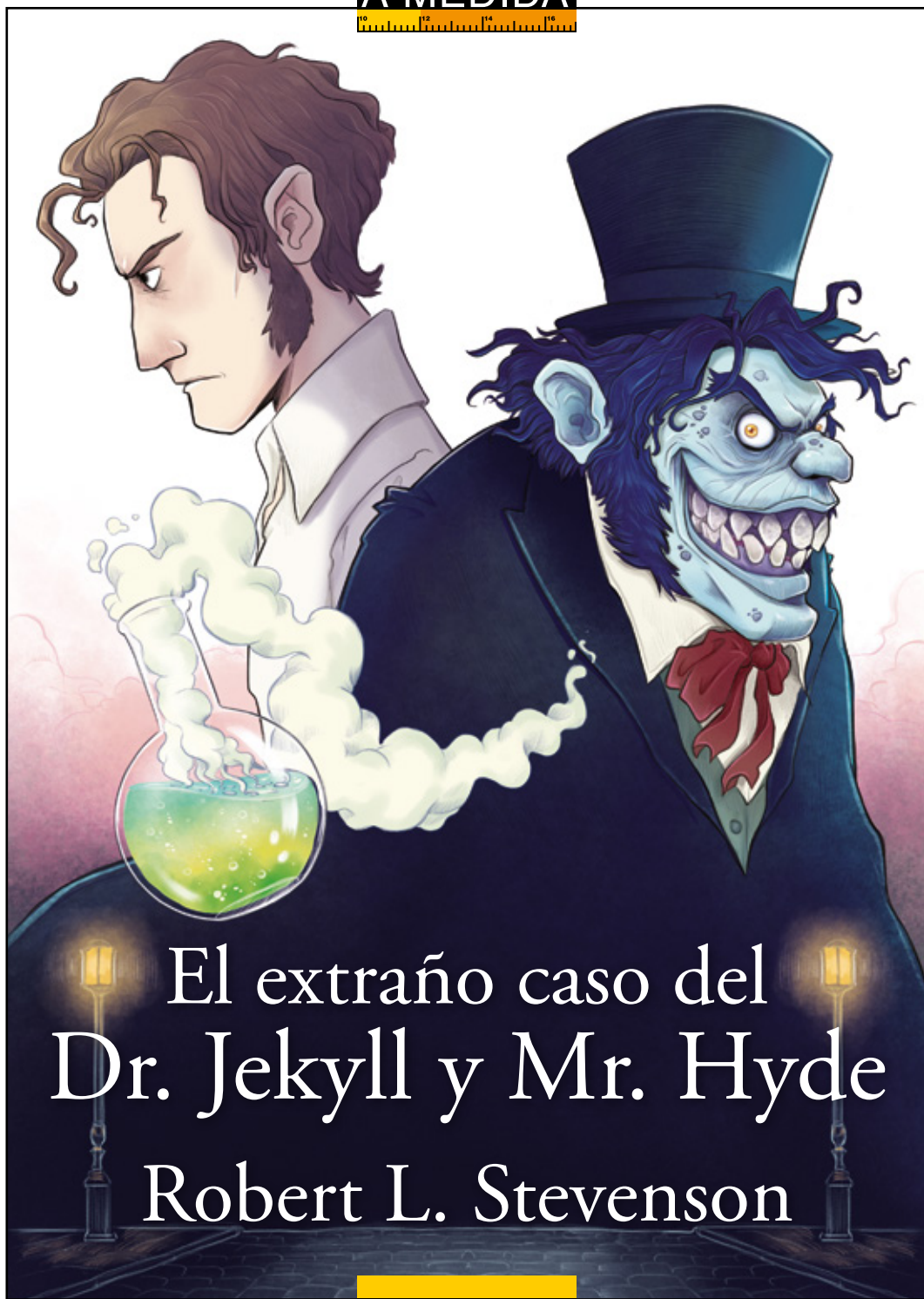


CLÁSICOS
A MEDIDA



El extraño caso del
Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert L. Stevenson

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Xavier Bonet

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de
El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Lourdes Íñiguez, 2020

© De la ilustración: Xavier Bonet, 2020

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2020

ISBN: 978-84-698-6639-9

Depósito legal: M-150-2020

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Introducción	7
Capítulo 1. Historia de una puerta	25
Capítulo 2. En busca de míster Hyde	33
Capítulo 3. El doctor Jekyll parecía tranquilo	45
Capítulo 4. El asesinato de Carew	49
Capítulo 5. El incidente de la carta	57
Capítulo 6. El asombroso suceso que le ocurrió al doctor Lanyon	65
Capítulo 7. El episodio de la ventana	71
Capítulo 8. La última noche	75
Capítulo 9. El relato del doctor Lanyon	91
Capítulo 10. La confesión de Henry Jekyll sobre el caso	101
Apéndice	123



Mr. Enfield

Mr. Utterson

Dr. Lanyon

Dr. Jekyll

Mr. Hyde

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

A Catherine de Mattos

No está bien deshacer los lazos que Dios ha unido.
Nosotros seremos siempre aquellos muchachos del brezo y del viento.
Lejos de casa, ¡oh!, para ti y para mí todavía sigue soplando
la brisa de la retama que viene de los campos del Norte.

Historia de una puerta



El señor Utterson era un hombre alto y delgado, de aspecto serio, al que jamás se le iluminaba la cara con una sonrisa; frío, tímido y escaso de conversación porque le costaba expresar sus sentimientos; triste, melancólico y, a pesar de todo ello, simpático y cordial. Cuando se reunía con sus amigos y el vino era de su gusto, un punto eminentemente humano relucía en sus ojos, algo que nunca llegaba a manifestarse en sus palabras, pero sí en sus elocuentes silencios durante la sobremesa y con más fuerza y frecuencia en los actos diarios de su vida. Era austero consigo mismo, cuando se encontraba solo bebía ginebra para evitar aficionarse demasiado a los buenos vinos. También le gustaba el teatro, aunque no había cruzado las puertas de ninguno de ellos desde hacía veinte años.

Era abogado de profesión y quizá por eso mismo se mostraba tolerante con los demás, admirando incluso con cierto grado de envidia el valor que tienen algunos para cometer fecho-

rías. Por eso se inclinaba más a la comprensión que a la condena: «No censuro la herejía de Caín¹ —solía decir con ironía—, que cada cual se vaya al diablo por el camino que elija». Por este rasgo de su carácter tenía la suerte de gozar de buena relación con sus conocidos y de ser la última amistad honorable de aquellos que decidían dejar ir sus vidas por el mal camino, a los cuales, en tanto que lo visitaban, jamás los recibió con una sombra de reproche en su trato.

Sin duda, para él era fácil portarse así, pues estaba en su forma de ser la generosidad y la benevolencia. Es propio del hombre modesto aceptar el círculo de amigos que le brinda el azar y esto era lo que le ocurría al abogado. Sus amigos eran sus parientes o aquellos a los que había conocido a lo largo de los años. Sus afectos crecían como la hiedra con el tiempo y no necesitaban ninguna razón en la que sustentarse. Esto podía explicar los lazos que lo unían al señor Richard Enfield, un pariente lejano y persona muy conocida en la ciudad. Para muchos resultaba un enigma qué podían tener ambos en común. Los que los veían pasear los domingos por la mañana, con semblante aburrido y sin intercambiar una palabra, pensaban lo que habrían dado por encontrarse con un amigo. Pero los dos hombres seguían su camino y consideraban esta excursión la joya de cada semana, hasta el punto de desatender no solo otras oportunidades de diversión, sino otros quehaceres con tal de disfrutar de su mutua compañía.

Sucedió que en uno de esos paseos llegaron por casualidad a una calle de uno de los barrios más concurridos de Londres. La calle era corta y tranquila los domingos, pero bulliciosa en los demás días de la semana. Los habitantes de esta zona tenían

¹ *Caín*: personaje bíblico, hijo de Adán y Eva, que mató a su hermano por envidia.

un buen nivel de vida y gustaban de gastarse el dinero que les sobraba en las coqueterías que ofrecían los escaparates de las tiendas. Y hasta los domingos, a pesar de estar cerradas, la calle relucía en comparación con la negrura y suciedad de las otras calles de su alrededor, pues las puertas estaban pintadas, los cierres limpios y los adornos de metal brillantes, todo lo cual atraía y agradaba a los ojos de los viandantes.

La línea de las casas se rompía en la entrada de una calleja y justo en esa esquina se levantaba un siniestro edificio; tenía dos pisos de alto y tres ventanas a la calle en el primer piso; en la planta baja se abría una puerta en una pared descolorida y desconchada, que denotaba un claro abandono por parte de sus moradores. La puerta no tenía ni timbre ni llamador; sobre sus hojas de madera, llenas de ranuras y de muescas, encendían las cerillas los vagabundos y los chiquillos jugaban sentados en su escalón.

Nuestros amigos habían llegado frente a la casa y Enfield la señaló con su bastón.

—¿Te habías fijado alguna vez en esa puerta? —preguntó a su compañero. Y al contestarle este que sí, continuó—: Esa puerta se me ha quedado grabada en la cabeza por un suceso muy extraño.

—¿De veras? —dijo Utterson con una leve alteración de su voz—. ¿Y qué suceso es ese?

—Bueno, fue así —explicó Enfield—. Yo volvía a casa hacia las tres de la mañana de una fría noche de invierno, en la que la niebla lo cubría todo. Mis pasos me llevaron hacia esta calle; no se veía nada, salvo las lúgubres luces de las farolas. Todo estaba vacío y en completo silencio; la gente dormía. Mi estado de ánimo estaba sobrecogido y llegué a desear la presencia de un policía. De pronto, vi dos figuras, una era un hombre pequeño que

caminaba renqueando, aunque a buen paso, y la otra era una niña de unos ocho o diez años, que venía corriendo cuanto podía desde una bocacalle. Al llegar a la esquina, los dos chocaron, y aquí viene la parte horrible de la historia: la niña cayó al suelo y aquel sujeto la pisoteó sin ningún miramiento y la dejó tirada gritando. Al contarlo puede parecer que no fue nada, pero verlo resultó terrorífico. Aquel ser no era un hombre, parecía un *juggernaut*² infernal. Yo le grité, lo seguí y lo cogí por el cuello; no opuso resistencia, pero sí me echó una mirada que me heló la sangre. Volvimos hasta donde se había formado un corrillo de gente alrededor de la niña, entre ellos su propia familia. Pronto llegó el médico, al que ella había salido a llamar. La reconoció y aseguró que no tenía nada, salvo el susto.

»El médico y todos los presentes miraban a aquel individuo, al que yo retenía, con repugnancia, pero él se mostraba tranquilo e indiferente. Como no podíamos matarlo, hicimos lo mejor que se nos ocurrió, le dijimos que organizaríamos tal escándalo sobre lo que había sucedido, que su nombre se oiría de una punta a otra de Londres y si tenía algunos amigos respetables los perdería. Tuvimos que sujetar a las mujeres, porque rojas de ira querían abalanzarse sobre él, que también se mostraba asustado, a la vez que distante y despreciativo, pero aguantando el chaparrón. Finalmente dijo: «Si ustedes quieren sacar provecho de este accidente, naturalmente estoy indefenso. Cualquier caballero desearía evitar un escándalo. De modo que señalen una cantidad». Y desde luego que lo hicimos, le sacamos cien libras para la familia de la niña. Bien le hubiera gustado escapar, pero la gente no se lo permitió.

² *Juggernaut*: divinidad hindú gigantesca, cuya fuerza destructiva derriba y aplasta todos los obstáculos que le salen al paso.



»Finalmente se dirigió a esta casa, sacó una llave y entró; al rato salió con diez libras en oro y un talón al portador firmado por alguien que no puedo mencionar, y esto es uno de los puntos más sorprendentes de la historia, ya que se trata de una persona muy conocida en la ciudad, cuyo nombre aparece frecuentemente en los periódicos. Como le mostré mi desconfianza ante el hecho de que entregara un cheque firmado por otra persona, con el mismo tono despectivo aseguró: «Tranquilícese, me quedaré con ustedes hasta que el banco abra y lo haré efectivo personalmente». Así que el médico, el padre de la niña y yo mismo, junto al tipo en cuestión, nos fuimos a mi casa y allí esperamos hasta la hora de ir al banco. Yo entregué el talón al cajero, comentándole mi sospecha de que fuera falso, pero él me contestó que era completamente válido.

—¡Caray! —exclamó Utterson—. ¡Qué caso!

—Ya veo que piensas lo mismo que yo —dijo Enfield—, que es un asunto feo. Si nadie quiere tener nada que ver con un sujeto como este, ¿cómo entonces pudo firmar el cheque un caballero que es el ejemplo de la honradez y del buen nombre? Me imagino que se trata de un chantaje y que tiene que pagar por algún pecado de juventud. Desde entonces llamo a este sitio «la casa del chantaje», aunque esta explicación está lejos de aclarar la cuestión. —Y se sumió en sus cavilaciones.

—¿Y tú no sabes si el que firmó el talón vive aquí? —le interrumpió Utterson de sus reflexiones.

—Un bonito sitio, ¿no? —contestó Enfield—. Pero no; me enteré de su dirección y vive en no sé qué plaza.

—¿Y nunca preguntaste sobre esta casa? —insistió Utterson.

—Pues, no. Tuve reparos de hacerlo. —Fue la respuesta—. Me resulta desagradable hacer ciertas averiguaciones. Se empieza con una pregunta y la cosa puede rodar y rodar, como una

piedra que se tira desde la cima de una colina y arrastra por el camino a un pobre diablo que estaba tranquilamente en su jardín, y el nombre de una familia queda manchado. No, amigo. Tengo una regla y es que cuanto más oscuro sea un asunto, menos preguntas debes hacer.

—¡Buena regla, sí señor! —opinó el abogado.

—Pero yo he estudiado la casa por mi cuenta —continuó Enfield—. Apenas parece una casa. No hay otra puerta y nadie entra ni sale por ella, excepto de vez en cuando el sujeto de esta historia. Solo hay tres ventanas en el primer piso, pero siempre están cerradas. Lo que sí hay es una chimenea, que continuamente está echando humo, así que tiene que vivir alguien dentro. Hay un patio interior, pero los edificios que dan a él están tan apiñados que es difícil decir dónde empieza uno y termina otro.

—Hay algo que te quiero preguntar —apuntó el abogado—. ¿Sabes el nombre del individuo que arrolló a la niña?

—Sí, su nombre es Hyde —contesto Enfield.

—¡Hum! —carraspeó Utterson—. ¿Qué aspecto tiene?

—¡Bueno! No es fácil de describir. Hay algo raro en su físico, algo desagradable, es más, detestable. Nunca he visto a un hombre que me disguste tanto y no sabría decir por qué. Debe sufrir alguna deformidad, aunque no puedo especificar dónde. Es una persona fuera de lo normal y, sin embargo, me sería imposible señalar nada que se salga de lo común. No, no, realmente no puedo describirlo y no es por falta de memoria, pues parece como si lo estuviera viendo ahora mismo.

—¿Estás seguro de que usa una llave? —volvió a preguntar Utterson, tras unos minutos de silencio.

—Absolutamente, mi querido amigo —dijo con estupor.

—¡Ya, ya! —aclaró Utterson—. Ya sé que mi pregunta te puede parecer extraña. Y si no te he pedido antes que me digas

el nombre del firmante del cheque es porque lo conozco. Así que fíjate, Richard, cómo tu historia no me cae de sorpresa. Pero si en algo no has sido preciso, es mejor que rectifiques.

—¡No! He sido completamente exacto y deberías haberme advertido. El sujeto tiene una llave y la tiene todavía; es más, no hace una semana que lo vi usándola.

Utterson suspiró profundamente, pero no dijo nada más, por lo que su joven acompañante concluyó:

—No debería haberte dicho nada. Nunca aprenderé a tener la boca cerrada. Hagámonos el propósito de no hablar más del asunto.

—Con mucho gusto —dijo el abogado—. Trato hecho, Richard.



«Permanecí unos momentos ante el espejo...», dice Henry Jekyll en su confesión. ¿Quién hay al otro lado del espejo?, parece querer averiguar. ¿Soy yo el que se refleja en él o es el otro que está dentro de mí? ¿Cómo soy realmente? ¿Cómo quiero ser? ¿Cómo creen los demás que soy? Todas estas preguntas se las planteó también Robert L. Stevenson cuando decidió escribir esta novela, que aborda un problema atemporal: la identidad del ser humano, la dualidad que todos llevamos en nuestro interior; en suma, el bien y el mal, tema tan viejo como la humanidad misma. Pero además, el autor no dejó de echar una mirada a la sociedad en la que le tocó vivir, para analizar si el hombre es libre de actuar como quiere o es su entorno el que condiciona su forma de vida. Obra, por tanto, que ni un segundo deja impasible al lector y cuyo interés mantiene en vilo hasta su última página.

